

El misterio de Edwin Drood, juicio crítico. Fin del enigma

por

Eduardo Ricardo Pérez Calvo

Una extraña afinidad conceptual hallo entre distintas obras y diferentes autores pertenecientes a remotos años entre sí que se encuentran en esta novela gótico-policíaca cuyo desenlace se frustrara con la muerte inesperada del notable escritor inglés.

Heliodoro y sus Etiologías, por otro nombre “*Teágenes y Cariclea*” en Esmea, Siria entre los siglos III y IV de nuestra era; “*Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*” por Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), publicada en 1617 por su viuda un año después de su muerte

La novela inconclusa de Charles Dickens ha dado motivo a una serie de especulaciones principalmente centradas en su pretendido final.

Me propongo efectuar un análisis objetivo e independiente proponiendo un desenvolvimiento y una conclusión diferente, arrancando desde otra percepción, esquivando las abundantes celadas desplegadas por el autor.

Aspectos.

Gilbert Keith Chesterton, agudo crítico, desafiante converso inglés y maestro de paradojas, convencido de la dificultosa cuando no inútil, dilucidación, redactó un inteligente prólogo minucioso e ilustrativo de «*El misterio de Edwin Drood*» en 1906.

El texto.

Capítulo Primero. El Amanecer.

Dickens, victoriano a pesar de sí mismo, y de alardear de su progresista vocación social, era afecto al melodrama y cultivó un

estilo barroco a menudo deliberadamente oscuro y de difícil comprensión inmediata.

Fiel a su propensión estética introduce la torre de una vetusta catedral inglesa: torre maciza y cuadrada, en tanto capcioso se interroga ¿Es posible que esté allí?

No se interpone ninguna flecha de hierro enmohecido. ¿Qué significa entonces esa aguja que aparece allí y quién la ha colocado?

¿Acaso ha sido puesta por orden del sultán a fin de empalar uno a uno a la horda de bandoleros turcos?

Debe ser así pues los címbalos o platillos sonoros se entrechocan y el sultán se dirige a palacio en larga comitiva; cien mil cimitarras brillan al sol y tres veces diez mil bailarinas arrojan flores a su paso. Enseguida numerosos esclavos con arreos de vistosos colores pasan en innumerables elefantes blancos.

Se divisa la catedral en un lugar inverosímil y en su aguja no aparece un hombre empalado.

¿Es posible que la aguja de la iglesia sea tan insignificante que tiene apenas suspendida la vieja armazón de un dosel desprendido que cae atravesado?

La vaga idea de tal posibilidad provoca una carcajada somnolienta.

Un absurdo fumadero de opio descubre el escenario original grosero y licencioso de la obra de Dickens. Se podría vislumbrar el nombre fraguado de la ciudad donde se alza el vetusto templo: Cloisterham. Reedición fingida de su transitada Rochester, en el condado de Kent.

Apariciones.

Estremeciéndose el hombre de pies a cabeza fantásticamente ha logrado coordinar sus vacilantes sentidos se incorpora al fin y buscando apoyo para su cuerpo mira alrededor. La pieza en que se encuentra es lo más sórdido y estrecho que se pueda imaginar. Las primeras luces del día que le llegan desde un mísero patio se cuelan a través del andrajoso visillo. El está vestido y echado

transversalmente sobre una cama grande e inmunda con el elástico vencido bajo su peso. Igualmente vestidos y acostados e idéntica forma yacen un chino y un lascar y una horrible mujer, los dos primeros sumidos en un sueño letárgico. La última sopla una especie de pipa tratando de encenderla y a medida que la sopla haciéndole pantalla con su mano descarnada va avivándose un destello de luz rojiza que hace las veces de lámpara en la mañana sombría iluminando parte de su rostro que es lo único que el hombre alcanza ver.

¿Una más? Pregunta la mujer con áspero cuchicheo.

¿Toma otra?

Los ojos del hombre la buscan mientras se lleva la mano a la frente

Has fumado ya cinco desde que llegaste a medianoche sigue la mujer mientras se lamenta ¡pobre de mí, mi cabeza anda mal!

Mi negocio marcha muy mal. Hay pocos chinos en los muelles; más escasos son los lascares y no llega ningún barco estos días.

«Aquí hay otra pipa preparada queridito» ¿verdad que es buena? y recuerda lo difícil que está el mercado en este momento. No menos de tres chelines y seis peniques por una medida. No olvides que únicamente yo y Jack Chinaman del otro lado del patio, aunque no la ha de hacer tan buena, tenemos el secreto de la mezcla.

Le alcanza la pipa y cae de bruces sobre la cama. El hombre tambaleando, vacilante, contempla con repugnancia a sus tres compañeros. La mujer está tan saturada de opio que ha llegado a parecerse al chino. Pues el color y el aspecto de las mejillas, el rostro y las sienes son iguales en ambos. Observando las violentas contracciones que agitan los miembros de la mujer se siente contagiado y para liberarse se tumba en un sillón y asiéndose fuertemente se va recuperando. Luego vuelve sobre sus pasos y asiendo al chino violentamente lo da vuelta en el lecho y después se vuelve al lascar y lo arroja al suelo. Este adopta una actitud amenazadora y con llameante mirada castigándole con fuerza saca un cuchillo imaginario.

Se adivina que la mujer ha tenido la precaución de quitárselo pues lo contiene reprochándole, y puede verse el puñal entre sus ropas, cuando ambos caen somnolientos lado a lado del camastro. El espectador recobrando el aplomo mueve melancólicamente la cabeza y arrojando una moneda de plata sobre la mesa, toma su sombrero y desciende a tuestas la destartada escalera da los buenos días al portero que se encuentra acurrucado en su catre en un socucho oscuro debajo de la escalera y sale a la calle.

Esa misma tarde la maciza y cuadrada torre gris de una vieja catedral aparece a un fatigado viajero. Las campanas llaman a Vísperas. Los niños del coro asisten presurosos.

Secuencias.

En sucesivos capítulos aparecen como en los “*Trabajos de Persiles y Sigismunda*” (sic)¹ de Miguel de Cervantes Saavedra, estrambóticos personajes que anticipan la rareza de la historia y prefiguran el drama que se ha de desarrollar². Sin embargo no se advierte un proyecto definido, ni se supone un objeto. Se procura exhibir inusitados especímenes humanos, absurdos; por contraste el muscular, jovial, deportivo, y honesto canónigo menor Septimus (obsérvese su insólito prenombre) apellidado Twinkle y su madre, que a pesar de su sensatez toleran casi impertérritos al estafalario rematador Sapsea, quien presume de su incongruente elocuencia; asimismo la fastidiosa presencia de l agresivo filántropo Luke Honeythunders y sus ambiguos pupilos Neville y Helena Landless provenientes de Ceilán, cuya deficiente educación y honda rebeldía no se oculta. Completa el cuadro de situación Edwin Drood, inteligente, frívolo, alegre y despreocupado, comprometido por testamento con la bella, ingenua y caprichosa Rosa Bud, ambos a disgusto.

El escenario y los actores están dexpuestos. Ha comenzado la historia.

¹ Título original de la novela.

² Sobre esta obra, ver nuestra sinopsis en [Revista Cruz del Sur N° 14](#), 25 de diciembre de 2015, pp. 109-169: consultada en línea el 30 de junio de 2016.

Proemio. El Prólogo de Gilbert K. Chesterton.

Adelanto.

«Pickwick fue una obra proyectada parcialmente por otros pero completada por Dickens. Edwin Drood es su último libro. Fue un libro proyectado por Dickens pero completado finalmente por otros. Los papeles de Pickwick mostraron cuanto podía hacer con las sugerencias de otras personas. El misterio de Edwin Drood muestra qué poco pueden hacer otras personas con las sugerencias de Dickens».

Rubrico estos conceptos que he transcrito textualmente, pero no la opinión que oculta inicialmente el prologuista que Edwin Drood fue asesinado por su tío, en tanto sostiene que Dickens fue destinado por el cielo para ser un gran trágico; tanto que hasta su fin literario fuese melodramático.

Opina Chesterton que la interrupción de Edwin Drood de Dickens significó mucho más que la interrupción de una buena novela de un gran hombre.

Parece más bien la última burla de algún elfo que al dejar el mundo quiso que quedara inconclusa esta historia que no es solo una historia sino la única de las novelas de Dickens que éste no finalizó: era la única que realmente necesitaba una conclusión.

Yo hubiera preferido que el prologuista eligiera más precisamente la palabra explicación, porque nunca tuvo Dickens más que un argumento totalmente bueno para contar y de este solo, sembrado de ardides, enigmas, personajes grotescos y enormes recelos, tenía mucho para contar, pero como sustenta Chesterton, sólo lo ha contado en el cielo.

Y añade: A Dickens le fue permitido morir en un momento dramático y dejar un misterio dramático.

Me inclino a pensar que el autor falleció, en medio de un último esfuerzo como escritor: No acertaba a imaginar un desenlace razonable para su novela.

Se sentía incapaz de desenredar la urdimbre gótica que negligentemente había tejido y la congestión de su cerebro afluyó en una apoplejía fulminante causa de su fallecimiento. Así pienso yo.

Sin embargo no opina lo mismo Chesterton quizás influido por su admiración reverencial al prestigioso novelista: «*Pero Dickens que había tenido demasiado poco argumento en las historias que tuvo que contar antes, tenía demasiado argumento en la historia que nunca contó*³. *Dickens muere en el acto de contar en su décima (sic) novela sino sus primeras noticias del crimen. Cae muerto en el acto de denunciar al asesino*»⁴.

Resumiendo: a Dickens le fue permitido llegar a un final tan extraño como su comienzo literario. Empezó perfeccionando la antigua novela de viajes; terminó por inventar la nueva novela policial (sic)⁵.

En este aspecto fundamental disiento con Chesterton, quien estima que el misterio de Edwin Drood es ante todo una novela policial. A mi juicio se emparenta lejanamente con la novela neo-aristotélica de Heliodoro (siglo III d.C.), Los Trabajos de Persiles y Sigismunda (1617) e inclusive en el siglo XX con “Sobre héroes y tumbas” de Ernesto Sábato, dado que en todos ellos hay rasgos de la literatura esotérica como es el caso de la presentación de nuestro Misterio, en el sórdido ambiente de un fumadero de opio y su proyección cubierta con la presencia extravagante de insólitos personajes.

Sábato pertenece a dicha nomenclatura esotérica y gótica si tenemos en cuenta el tenebroso informe sobre ciegos, el patético cortejo sepulcral de Juan Lavalle y la bruma aviesa y opresiva que

³ «*El misterio de Edwin Drood*». Versión en castellano de Dora de Alvear. El Séptimo Círculo, EMECE, p. 10. Colección dirigida por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Buenos Aires, 1951.

⁴ Op.cit. prólogo pág. 10. Como es habitualmente conocido, Dickens escribió quince novelas.

⁵ Existe una implícita polémica en el mundo anglosajón sobre el nacimiento de este subgénero literario que algunos atribuyen a Edgar Allan Poe (norteamericano) y otros a Dickens y Wilkie Collins (británicos).

fatalmente envuelve a los protagonistas de su obra más conspicua: la ya citada «*Sobre héroes y tumbas*».

Más: paciente lector, prosigamos con el prólogo de Chesterton, quien fue siempre claro y preciso en la exposición de sus ideas, aunque no siempre acertara.

En este caso opina –a mi juicio erróneamente- que el *Misterio de Edwin Drood* es (obsérvese este hábito de duda) ante todo una novela policial, pero eso no significa –se cree en la necesidad de puntualizar- que los detalles no sean, a menudo, admirables en su humor rápido y penetrante y que sea tal vez el único de los novelistas policiales que no vivió para destruir su misterio.

De tal suerte, escribe, solamente en esta ocasión es necesario hablar de su argumento y sólo del argumento.

Nadie nos dirá jamás –prosigue y coincido- a pesar de los reiterados intentos de explicación, inclusive el más reciente de Giwyneth Hughes para la miniserie televisiva exhibida por la BBC de Londres en 2012 cuál es la respuesta al enigma de la muerte de Edwin Drood.

¡Si es que hubo un asesinato....!

Chesterton escribió, a manera de conclusión, textualmente lo siguiente:

“...ergo, *El Misterio de Edwin Drood desde nuestro punto de vista, del de sus críticos y de aquellos que han intentado con cierto valor (después de su muerte) ser sus colaboradores es simplemente este: no hay duda de que Jasper o bien mató o creyó haber matado a Drood*”⁶

Tiene esa certeza por el hecho de que –según él- es el punto central de una escena entre Jasper y Grewgious, el tutor de Ana Bud y abogado de Drood cuando Jasper se entera que Rosa y Edwin han disuelto de común acuerdo su compromiso y se sentirían mucho más felices viviendo como hermanos; y su sobrino, en dicha oportunidad, comprendiendo la grave desilusión que tendría Jasper, había resuelto diferir por algunos días esta resolución.

⁶ Versión de Dora Alvear, p. 12.

Jasper trastornado, opina Cheserton comprende la inutilidad del asesinato que ha cometido y se desmaya. Se trata de un grave error de concepto, que procuraré enmendar.

Chesterton analiza a continuación otros estudios críticos de la obra, debidos a R. A. Proctor, Andrew Lang, William Archer y Cumming Walters desechándolos con mayor o menor motivo o suspicacia, para sacar en conclusión:

*“Claro que esta cuestión nunca se resolverá de manera precisa, porque no solo se trata de un misterio sino de un enigma Porque en eso la novela policial difiere de cualquier otra novela. El novelista la común quiere que sus lectores no se apaten del tema; el novelista policial quiere desviarlos continuamente del tema”*⁷

“Dickens ha muerto, y una cantidad de espléndidas escenas y de aventuras sobrecogedoras han muerto con él. Aún si conseguimos la solución correcta, no sabremos que lo es”.⁸

Son exasperantes las trampas diseminadas que asechan al lector, por ese motivo incluyo unas guías para ayudarle a eludirlas.

Guías del lector.

Las incluyo con el objeto de facilitar una mayor comprensión por parte de aquellos que no hayan leído la novela inconclusa de Dickens en inglés o la versión castellana de Dora de Alvear de 1951 para el Séptimo Círculo de Editorial EMECE.

1. Personajes más notables por orden de aparición.

Opiónoma. “Su Alteza” Real siniestro personaje del mundo de la droga.

Jack Jasper. Tío y tutor de Edwin Drood. Secretamente enamorado de Rosa Bud. Capullo.

Edwin Drood. Sobrino del anterior. Joven ingeniero. Comprometido por testamento con Rosa Bud.

Septimus Crisparkle. Canónigo menor. Antiguo preceptor.

⁷ Versión de Dora Alvear p. 16.

⁸ Versión de Dora Alvear p. 17.

Señorita Twinkleton. Dueña y administradora del Pensionado de Señoritas que funciona en la Antigua Casa de las Monjas. .

Señora Tisher. Colaboradora del Pensionado de señoritas y de la señorita Twinkleton.

Thomas Sapsea. Rematador. De maneras majestuosas y prototipo de estupidez. Alcalde de Cloisterham.

Stony Durdles. Constructor de tumbas y monumentos funerarios. Libertino y disoluto

Deputy. Pillete insolente y apedreador.

Luke Honeythunder. Filántropo. Presidente del Instituto de Filantropía. Obeso e intransigente.

Neville y Helena Landless. Gemelos misteriosos y rebeldes, pupilos del señor Honeythunder. Provenientes de Ceilán.

Hiram Grewgious. Abogado. Tutor de Rosa Bud. Cobrador de impuestos. Honesto e incorruptible.

Bazzard. Escribiente del señor Grewgious.

Dachery, Ricardo. Hombre inquieto, misterioso y pleno de curiosidad, acaso Edwin disfrazado. Nuevo habitante de Croisterham

Tartar. Antiguo alumno de Septimus Crisparkle. Le salvó la vida evitando que se ahogara y luego le enseñó a nadar.

2. Reglas de oro de la novela policial S.S. van Dine. 1928 (American Magazine).

1º El lector de la novela policial debe contar con las mismas oportunidades que el detective para resolver el misterio.

2º no debe incluirse ningún truco engañoso deliberado salvo aquellos que el asesino coloca ante el detective.

3º No debe existir interés amoroso en la historia cuyo objeto es descubrir el culpable.

4º El detective no puede ser el culpable.

5º El culpable debe ser descubierto a través de deducciones lógicas y no por casualidad.

6º toda novela policial debe tener un detective.

7º debe haber un cadáver.

8° el misterio debe resolverse por medios naturales. 9° no debe haber más que un detective.

10° el culpable debe desempeñar un papel más o menos prominente en la historia.

11° un sirviente no puede ser escogido como culpable.

12° debe haber un solo culpable.

13° es inadmisibles la intervención de sociedades secretas o criminales.

14° el método utilizado en el crimen debe ser natural o científico.

15° la verdad debe estar al alcance del lector que puede con astucia detectarla.

16° La novela policial no debe contener largos pasajes descriptivos ni adornos literarios.

17° un delincuente profesional no debe cargar la culpa.

18° el misterio no puede resolverse por un accidente o suicidio.

19° Los móviles del crimen son personales.

20° Finalmente el autor no debe utilizar trucos desgastados como huellas, marcas de cigarrillos o perros silenciosos, que no ladran porque conocen personalmente al asesino.

3. Decálogo del Padre Roland Knox.

Síntesis de las reglas precedentes propuestas por el sacerdote católico Roland Knox como prólogo de *“Las mejores historias de detectives”* (1928/1929) s.

1° El lector debe contar con las mismas oportunidades que el detective para resolver el misterio.

2° No debe incluirse ningún truco ni engaño deliberado salvo aquellos que el asesino coloca legítimamente ante el detective.

3° No debe existir interés amoroso en la historia.

4° El detective no es el culpable.

5° El culpable debe ser descubierto a través de deducciones lógicas, no por accidente.

6° Toda novela policial debe tener un detective.

7° debe haber un cadáver.

-
- 8º El misterio debe resolverse a través de medios naturales.
9º No debe haber más de un detective.
10º El culpable debe ser un personaje que haya desempeñado un papel más o menos prominente en la historia.

4. Reglas de Oro formuladas por el *London Detection Club* (1931).

Aunque básicamente coincidentes éstas son mucho más escuetas y genéricas.

1. La solución de los enigmas o misterios parciales debe ser necesaria para resolver el conflicto central.
2. El detective debe usar su ingenio o habilidad para resolver el conflicto en un contexto concordante con la historia.
3. Las circunstancias improbables, casuales, super-criminales, pasadizos secretos no deben ser usados en una novela policial.
4. La solución del crimen o crímenes debe ser encubierta por el autor.
5. La justicia debe ir de la mano del detective y aplicarse al final de la historia sobre el verdadero criminal.
6. *Mi Parecer.*

El primer relato detectivesco corresponde a Edgar Allan Poe: «Los crímenes de la calle Morgue» publicado en 1842.

En tanto coinciden los biógrafos de Dickens que la palabra “detective” fue utilizada por primera vez por dicho autor en varias de sus obras. Poe mismo reconoció haber escrito este cuento inspirado por “*Barnaby Rudge*” de Dickens, cuando después de leer las primeras siete páginas de la obra pudo deducir como concluiría. .

Enterado de esta circunstancia algo molesto Dickens no estaba dispuesto a facilitar cualquier ilación de algún lector sobre el desarrollo de la trama del «Misterio de Edwin Drood» y aun menos del desenlace y anticipó en su carta a Richard Anthony: “*Tengo una idea nueva y muy curiosa para mi nueva historia. No es una*

*idea comunicable (o el interés del libro se perdería) pero si muy fuerte, aunque difícil de elaborar”.*⁹

Forster expresó que inmediatamente se enteró que se trataría del asesinato del sobrino por su tío.

Entiendo que no era así. Sembró de celadas al paso de cada párrafo que escribía con el objeto deliberado de desorientar a sus lectores y conservar su interés hasta el final. No olvidemos que no se trataba de volúmenes sino de sucesivas entregas mensuales al precio muy razonable de un chelín, circunstancia que le aseguraba una amplia clientela.

Forster, quien estaba al tanto del progreso del relato, estimó erróneamente que se trataba del asesinato del sobrino por su tío y de allí se han seguido la mayoría de los desenlaces atribuidos a la novela. Inclusive aquellos que como Chesterton reconocieron que no era posible determinar conclusión a partir de las sugerencias de Dickens dan por seguro un atentado contra la vida de Edwin perpetrado por Jasper. Y no es así porque de lo contrario, teniendo en cuenta el léxico del autor éste hubiera utilizado adjetivos como dramático, trágico, horroroso, espeluznante, jamás el de curioso.

Dora de Alvear, en su fiel versión castellana, con muy buen criterio, incluyó a continuación del texto lo siguiente:

5. Nota sobre el misterio de Edwin Drood.

Agregada como Apéndice a la edición “The Oxford World’s Classics”.

Es particularmente objetiva y útil. Me permite confirmar que Edwin no fue asesinado y que en definitiva Jack Jasper aletargado por el sopor del opio se suicidó.

La secuencia de los hechos que relató Dickens y aquellos que no pudo relatar debido a su fallecimiento fueron, según rescato y colijo los que siguen

Al final del capítulo XIII “A cual mejor” Rosa y Edwin mientras caminaban por la ribera conversando sobre sus proyectos ahora diferentes Eddy adelantaría la fecha de su partida de

⁹ Versión castellana p. 326.

Inglaterra, Rosa se quedaría donde estaba. Prepararían con mucho tacto a las pobres compañeras para el desengaño que les esperaba. Uno y otro se ocultaban mutuamente dos motivaciones distintas: Rosa esperaba con la ayuda de su tutor, librarse enseguida de su maestro de música y Edwin hacía conjeturas sobre cómo podría conocer más íntimamente a la señorita Landless. Se despiden con efusión Rosa le pide que la lleve de regreso a casa y la deje sola consigo misma. Edwin le advierte no te des vuelta no lo viste a Jack ¿dónde? Bajo los árboles... El nos ha visto cuando nos despedíamos. Pobre muchacho... Está lejos de imaginarse que la nuestra es una separación definitiva. Mucho me temo que sea un rudo golpe para él. En realidad Jasper los estaba asechando y oído todo lo que habían conversado sobre su separación. Edwin en principio lo ignoraría pero Rosa lo intuyó de inmediato y se despidió con una angustia en su corazón. Dood analizando luego los hechos comenzó a reflexionar sobre las consecuencias teniendo en cuenta el estado de ánimo de su tío, su adicción al opio y el riesgo que podía correr su propia vida. Decide en ese instante – precavido – abandonar el país de inmediato el país y trasladarse a Egipto, en Port Said, donde residirá en lo sucesivo mientras transcurre el drama que lleva su nombre. Edwin ha abandonado Inglaterra no por temor a Jack su tío cuyo amor descontaba, sino como medida de precaución al recordar la mirada de intensa angustia con que Rosa lo despidió. Quienes interpretan el desvanecimiento de Jasper al ser informado por Gregorious de la ruptura del compromiso matrimonial ente Rosa y Edwin como una prueba de la inutilidad del crimen cometido por Jasper, se equivocan. En realidad aunque no conocía el destino de Edwin el Jaxck que conocía el desden y temor de Rosa por su comportamiento en la velada de música de la casa de las monjas afrontaba ahora la ausencia acaso definitiva de su querido sobrino. Acusará desesperado a Neville del crimen inexistente, convencerá en tal sentido al engreído Honeythunder.

Aparecerán nuevos personajes, sospechas infundadas pretensiones detectivescas. En fin el suicidio de Jasper, bajo el sopor de la droga, en el tético fumadero de opio teniendo como

únicos testigos a los tres astrosos guiñapos humanos que ya conocemos desde el capítulo I.

El regreso de urgencia de Edwin Drood para asistir a sus funerales, revelación del supuesto misterio, debe ser contemplado como una última superchería, mueca burlona de Dickens a la novela enigma o detectivesca que ya se insinuaba literariamente en sus tiempos.